

## UNA JORNADA EN SIGÜENZA, QUE SON MUCHAS

---

adoptase como a uno más de los hijos de la ciudad, a pesar de no renunciar a mi natividad en Atienza, siento por Sigüenza, ya lo dije, una irresistible atracción.

Y es que ese domingo día 15 de marzo, los miembros de la Junta Directiva de la Casa de Guadalajara en Madrid vivimos un día de excepción, de amistad, de confraternidad... Uno de esos días en los que, tras laborar día a día a lo largo de un año, desde la Casa de Guadalajara en Madrid por los pueblos de Guadalajara, al llegar a uno de ellos y encontrar las puertas abiertas, se siente que todos esos desvelos merecieron la pena. Nuestro trabajo de un año se veía reconocido por unos amigos y una población que, como las aguas del Henares, fluye por nuestras venas lo mismo que la sangre propia.

Aquella vez primera que visité Sigüenza, 46 años hace, confieso que me asustó un poco la grandiosidad de aquella gran ciudad en la que había trenes que echaban humo, castillo impresionante aunque fuese como el de Atienza, agujereado y en ruinas; catedral con torres mucho más grandes que el castillo de Atienza y... todo.

Desde entonces perdí la cuenta de las que pasé por Sigüenza. A la consulta del médico muchas veces; a hacerme la primera foto para la cartilla del colegio; a tomar el tren para venir definitivamente a Madrid; a equiparme para marchar a aquel seminario de La Salle; a visitar las obras del castillo; a celebrar una boda; a correr detrás de los jugadores del Atleti cuando iban a Sigüenza a entrenar, para conseguir un autógrafo; a pasear por la Alameda; a llevar a mis amigos a que la conociesen; a degustar unas migas o un asado en cualquiera de sus figones; a dar una charla en su sala de cultura; a seguir las jornadas medicinales; a contemplar la imagen del Doncel; a sentir la frescura de la catedral y el aire medieval que desprenden sus calles o castillo; a tomar una sopa en las Dorotecas; a... cualquier cosa. Porque una visita a Sigüenza no necesita excusa.

Una cosa, siempre sentí cierta envidia, y eso que estudié en aspirantado, aunque fuese de La Salle, a quienes lo hacían en La Sefa, porque estudiar en La Sefa daba cierto empaque de cultura en toda la Serranía, y cuando mis amigos, o compañeros de trabajo que también los tuve en Madrid, hablaban de sus estudios en La Sefa, pues...

El tiempo, que a todos nos hace madurar como a los membrillos otoñales, ha hecho madurar a Sigüenza, y ha hecho madurar también a La Casa de Guadalajara en Madrid. Ya, cuando acudo a Sigüenza, no la veo como la gran ciudad que me pareció aquella vez primera, sino como a una ciudad íntima, acogedora, con la gravedad de saberse parte de la historia no ya de Guadalajara, sino de España entera. Sigüenza ha quedado convertida en una enseña para una gran parte de la provincia, y también, por supuesto, de la España que pisamos. Lo mismo sucede con nuestra Casa de Guadalajara en Madrid. Tal vez por eso de que crecemos las personas y se nos transforma el entorno, pero ahí están, como decía el poeta de Jadraque, con su hoy, su ayer y su mañana.

La Casa de Guadalajara en Madrid, ¡qué os voy a decir! forma parte de nuestra vida cotidiana. De la vida cotidiana de los socios y por supuesto de quienes componemos la Junta Directiva. Cuando hace años, tantos que yo no formaba todavía parte de la Directiva, al vicepresidente Manuel Martínez se le ocurrió esa idea de acudir a formalizar la toma de posesión a los ayuntamientos socios de la Casa, tal vez se pensase que eso formaba parte del espectáculo, aunque como todos diríamos, el espectáculo ha de continuar.

Mi primera toma de posesión, en uno de nuestros pueblos, fue en Cifuentes, y ¡ya ha llovido! La Dueña de aquel año, Natalia, está a punto de casarse y no es la chiquilla que correteaba detrás de su padre, nuestro Presidente, por los pasillos de nuestra Casa común. Desde aquella he recorrido Campiña, Alcarria y Serranía. He paseado junto a mis compañeros de Directiva nuestras ilusiones